



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

Cosas que pasan

El día de mi cumpleaños -los dieciocho- vi por primera vez a Bárbara en un partido de fútbol; ella estaba con otro que parecía vigilarla; yo me las arreglé para hablarle mientras el tipo desapareció en busca de no sé qué. Bárbara me dio su número de teléfono y tres días después todo estaba listo. ¡Qué ardor de muchacha y qué manera de sorberme el seso! Lo cierto es que el asunto fue tan incontrolable que a los pocos meses no hubo más remedio que el casorio.

En casa de mis padres me dieron un cuarto grande que yo mismo tuve que revocar y pintar. Papá hace unos diez años que tiene su casa sin terminar. Nunca le alcanza la plata para techar las piezas del ala derecha. Imagínense la idea de construir una casa de setenta mil dólares con las entradas de un empleado de correos...

Bueno: el cuarto ese para mí y para mi futura tenía dos ventanas que daban al lago. Ese lago había sido nuestra locura. Peter y Jack, mis mejores amigos vivían como nosotros casi sobre el agua misma. Los tres habíamos crecido remando y nadando juntos o cazando entre los carrizos y los sauces. A Peter y Jack y algunos cuantos parientes no más invitamos a la boda. Bárbara se hizo hacer un vestido con muchos velos y creo que hasta con una especie de miriñaque, porque el heredero ya se hacía visible y había que

disimularlo. Nadie sospechaba entonces que el heredero era [86] doble: un par de mellizos colorados que después resultaron preciosos.

El día antes del casorio, Peter, Jack y yo salimos a cazar llevando las escopetas y los rifles calibre 22 de nuestra niñez. Era una manera de recordar los buenos tiempos y de despedir al primero del grupo que perdía su libertad. Los tres nos entendemos muy bien; durante todo el día nos olvidamos de que éramos ya hombres y nos divertimos como criaturas. Peter, como siempre, tiró los mejores tiros; Jack y yo pudimos bajar un par de faisanes cada uno. Nos pasamos dos horas después del almuerzo, recogiendo hongos buenos y hongos malos. Jack se llevó todos los hongos buenos porque su mamá es la mejor cocinera del condado. Y los hongos malos quedaron tirados entre los carrizos.

Esa noche nos pegamos una buena borrachera. Mis padres se habían ido a Spokane; Bárbara estaba en Seattle; yo, en la casa del lago, en condiciones de agasajar a mis amigos. Comenzamos con algunas cervezas que se acabaron a las nueve; yo fui al garaje del viejo y allí encontré dos botellas de *Old Crow*. El whiskey nos puso sentimentales y nos juramos amistad eterna. Peter propuso que mezcláramos las sangres y sacó su cuchillo de caza. Mezclamos las sangres sobre la cruz de su cuchillo. Cada uno tuvo que herirse el brazo derecho y colocar su gota colorada donde la hoja comienza a ser empuñadura.

A las dos de la mañana fuimos al lago para remar. En el bote había unas latas de cerveza. Las despachamos y de repente nos tiramos al agua. Casi me ahogué porque me dio un ataque de risa y no podía nadar. Estaba hermoso el lago bajo la luna. Una luna sin [87] astronautas todavía, redonda y como de oro. Volvimos a casa dando traspies y dormimos la mona en mi cuarto de soltero.

Me despertó el viejo, al mediodía, con fuertes sacudones. Furioso: -*Wake up, son of a bitch!* Cuando abrí los ojos, lo vi fornido, enorme, encima, rojo de rabia. Creí que me iba a estrangular.

Mamá, más furiosa todavía, me hizo tomar una jarra de jugo de naranja y diez tazas de café con aspirinas. La boda estuvo bien aunque mis amigos Peter y Jack parecían recién llegados de Vietnam y yo, con el jugo de naranja, el café y las aspirinas, sentía sólo la mitad de la cabeza; la otra mitad no sé dónde estaba.

Bárbara resultó una buena esposa; barría el cuarto, tendía la cama, ayudaba en la cocina. Mamá, que no la aguantaba al principio la quería como a una hija a los dos meses. Y estuvo bien que así fuese porque a los seis meses del casorio nacieron los mellizos. Y entonces sí que los viejos se volvieron locos con los nietos y su *wonderful mother*. Así la llamaban: *maravillosa madre*. Yo les daba la razón.

Entonces senté cabeza y hasta resulté buen padre. Me pasaba horas con los mellizos, les cambiaba los pañales, jugaba con ellos como si ya fueran gente. Peter y Jack venían a visitarme o llamaban por teléfono; yo rara vez salía con ellos para tomarme unas copas. A cazar, sí, nos íbamos apenas llegaba la estación. Yo ponía a disposición de mis amigos la vieja camioneta que me regalaron el día del casorio. ¡Hermoso el Este de Washington no lejos ya de Idaho! Peter se encargaba de la cuestión comida y Jack y yo

de [88] buscar alojamiento o de improvisarlo. Volvíamos a los ocho días descansados y contentos y Bárbara nos cocinaba los faisanes. ¡Qué banquetes en la casa del lago!

-Aquí traemos los hongos para el arroz; no te olvides -le decíamos. Y ella preparaba sus faisanes con arroz y hongos con un arte que dejaba a los viejos boquiabiertos. Porque solíamos invitar a los viejos y darnos todos juntos un atracón.

-¡No hay como las salsas que hace mi nuera! -decía la vieja.

-Ni en Italia se come así -aseguraba papá, que nunca estuvo en Italia, pero como es nieto de italianos cree que Italia es el país de la comida.

En octubre del '64 fuimos hasta bien cerca de Idaho detrás de los faisanes. Trajimos el número máximo, llegamos a casa un domingo de tardecita.

-Darling -me dijo Bárbara al entrar- Te presento a Cliff Martin, viejo amigo del colegio, que acaba de ser licenciado del *Marine Corps*.

Cliff Martin era alto, fuerte, simpático. Un tipo de esos que se llevan bien con todo el mundo y que saben hablar de cosas interesantes. Mis amigos y yo encantados con él. Yo le invité a terminar con nosotros una de las botellas de whiskey que sobraron de la cacería, y después insistí en que se quedara a cenar.

Papá vino cayendo a eso de las diez de la noche y enseguida se hizo amigo de Cliff Martin; le preguntó qué pasaba hacer y cuando supo que Cliff no tenía planes, le propuso que viniera a [89] trabajar en su granja. El viejo siempre habla de su «granja» aunque esa granja no existe en ninguna parte. Sólo tiene un terreno grande a orillas del lago donde plantamos albaricoques y manzanos. Esta vez el viejo anunció que iba a criar pavos y no sé qué más.

A los dos días se vino llegando Cliff Martin y preguntó por papá.

Lo llevé adonde el viejo y allí arreglaron el negocio. Cliff estacionaría su camión-casa a unos treinta metros de lago, en nuestro terreno, claro está, y viviría allí. Traía, dijo, herramientas para construir «el domicilio de los pavos» y le dio al viejo un librito sobre cría de estos bichos. El viejo, encantado, le dio la mano y trato hecho.

Yo, mientras tanto, jugaba en el patio con los mellizos. Ya sabían caminar sin caerse.

Muy trabajador el granjero Cliff Martin. Desnudo cintura arriba, con pantalón militar y botas también militares, los brazos como los de Charles Atlas y el pecho como de jabalí, nos decía a los tres amigos:

-No hay que ir al ejército o a la aviación; hay que ir al *Marine Corps*. Allí uno se hace hombre. Fíjense en esto: miren cómo rompo este palo sin esfuerzo.

Y agarrando un palo grueso con las garras peludas lo rompía de un solo golpe sobre el muslo derecho.

-Yo -solía repetir-. Yo puedo matar a un hombre con uno o dos golpes sin ningún arma. El entrenamiento de los *Marines* es [90] formidable.

También solía hablar de mujeres terribles en el amor. El siempre era el centro de las cosas que contaba, por ejemplo, de riñas en puertos y tabernas, noches en las Filipinas o en Japón.

Peter y Jack lo invitaron a ir a cazar con nosotros. Yo, de acuerdo. Fuimos haciendo gran ruido en la camioneta. En varias partes recogimos hongos; volvimos con unos faisanes bien alimentados y como con diez libras de hongos. Cliff resultó buen cazador; lo malo es que nos tomaba casi todo el whiskey y que, a veces, cuando uno de nosotros tenía asegurado un pájaro, él le tiraba primero y nos dejaba sin el gusto.

Mi camioneta, después de una de nuestras cacerías, -porque habremos ido unas cinco veces de caza juntos- no anduvo bien. Peter, Jack y Cliff me ayudaron a alzarla sobre unos troncos duros de pino, de forma cúbica. Durante días trabajé debajo del vehículo manchándome de grasa y aceite los brazos, el pecho, la cara. Desarmé el motor pieza por pieza. Bárbara venía a verme trabajar con unos shorts muy cortos y unas blusas medio transparentes. De abajo del vehículo la veía yo y la deseaba. Venían también los mellizos pero había que llevarlos pronto porque se metían bajo la camioneta y se ensuciaban.

Un sábado de tarde, ya a comienzos de noviembre, tenía yo casi terminado mi trabajo en la camioneta. Estaba debajo, boca arriba, atornillándole la tuerca del aceite, y Bárbara y Cliff allí cerca me felicitaban por el éxito. El motor funcionaba como un cronómetro; al día siguiente iríamos a Spokane. [91]

Y fue entonces cuando pasó la cosa. La camioneta se me cayó encima. Fractura de cráneo, rotura de varios huesos en los brazos, heridas profundas. Nadie se explica cómo no estiré la pata. Por suerte, pura casualidad, Peter y Jack venían llegando a esa hora a la casa; ellos y Cliff, con ayuda del viejo, me sacaron de debajo de la camioneta y me llevaron al hospital. Pasé allí meses.

Recuerdo bien a Peter y Jack sentados junto a mi cama, durante mi convalecencia, en el dormitorio ese que yo revoqué y pinté. Los mellizos jugaban por allí con autitos de plástico. Yo, cubierto de yeso y vendas, boca arriba.

-La camioneta -dijo pronto Peter- no pudo haberse caído sola.

-Yo creo lo mismo -dijo Jack. Hace tiempo que Peter y yo no hablamos de otra cosa. Esos troncos de pino son grandes y duros; no pueden haber rodado.

No les podía mirar la cara. Imaginaba la frente de Peter toda arrugada y sus pecas oscuras. Hablaba muy en serio. La voz de Jack no era la normal; la manzana de Adán debía de subirle y bajarle por el pescuezo.

-Jack y yo, al día siguiente de aquello, vinimos para ver a tus viejos y para examinar después la camioneta volcada y los troncos esos. Bárbara había salido de compras con Cliff. Los viejos fueron a verte en el hospital. Reconstruimos todo el accidente, parte

por parte. Como nosotros te ayudamos a alzar la camioneta sobre los troncos de pino, recordábamos bien todo. Alguien, con absoluta seguridad, provocó el accidente. [92]

Esto y algo más me dijeron.

Yo, que durante el tiempo de la fiebre tuve muchos sueños que no sé si eran del todo sueños, comprendí lo que querían decirme. Uno de mis sueños fue más o menos así:

-Está mucho mejor -decía ella tapando la mitad de la luz de la ventana con su cuerpo. y Cliff contestaba: Parece que sí. Es que tuvimos que sacarlo demasiado pronto de allá. Unos minutos más y...

Peter y Jack se despidieron; al día siguiente volvieron a visitarme, más temprano que de costumbre. Uno de ellos, no recuerdo quién, me dijo:

-Hay que cumplir el pacto de las sangres.

Hablamos en voz baja hasta que llegaron Bárbara y Cliff del supermercado.

Cliff entró en la pieza de muy buen humor, seguro que con algunas buenas copas encima:

-Jack y Peter: mañana es mi cumpleaños. Voy a dar un banquete. Ya traje todo lo necesario: whisky, ginebra, vino tinto, vino blanco. Vamos ahora a recoger esos hongos para el plato fuerte. No hay hongo como los de aquí. Jack siempre encuentra los mejores. Me cambio de ropa y vuelvo dentro de media hora. ¿OK?

Cliff se fue a su camión-casa; Bárbara a la cocina de mamá.

Cuando quedamos solos los tres Peter se me acercó para mirarme en los ojos y decirme: [93]

-Ahora verás lo que pasa. Jack y yo tenemos un plan perfecto.

-¿Qué plan, qué plan? -pregunté.

Me contestaron que era un secreto; que ahora irían a recoger los hongos y que después hablaríamos de la cosa. Después...

Peter y Jack no vinieron al banquete del día siguiente; de tarde tomaron demasiado y chocaron con un árbol. El auto se les quedó como un acordeón; ellos apenas se lastimaron superficialmente, aunque sangraron bastante. La madre de Jack llamó por teléfono para dar la noticia. Bárbara atendió el teléfono. Mis viejos estaban de viaje en Oregón.

Cliff y Bárbara comieron solos en la cocina, sin hacerme caso, después de haberse tomado no sé cuántos martinis.

Ella murió rápidamente; Cliff tardó más tiempo; vino arrastrándose hasta cerca de mi cama y quería hablarme. Allí estuvo pataleando y babeando un rato.

-¿Decías que podías matar a un hombre sin ninguna arma, Cliff?

Creo que no pudo oír mi pregunta aunque se la repetí más de una vez.

Lo malo es que los mellizos también comieron el arroz; amanecieron fríos, de brucees sobre el piso del baño.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

